

Crónicas de viajes hispanoamericanos

Manuel Pérez
Universidad Autónoma
de San Luis Potosí.
México
ramon.perez@uaslp.mx ◆

Escribir del viaje como tópico literario itinerante, como constructor de nociones y otredades, siempre será una tarea de amplísimos horizontes. Porque el viaje configura por sí mismo una serie de posibilidades cognoscitivas y textuales, una variedad deliciosa de mundos posibles; y así, del mundo posible al texto posible, Jimena Rodríguez emprende también su propio viaje para tratar de entender algunos de los muchos cabos y problemas sueltos en la reflexión sobre la Crónica de Indias: desde los relatos medievales que daban cuenta de algún viaje (la más de las veces a Oriente), hasta los viajes transoceánicos occidentales que darían importancia histórica a un mar y nombre a un continente.

Conexiones trasatlánticas pone en juego, en tránsito, tres crónicas de viajes hispanoamericanos con un *corpus* medieval muy bien elegido al efecto. Tres textos y tres viajes: las *Cartas de relación* de Cortés, la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo (particularmente aquella parte que da cuenta de la “expedición a las Hibueras”, es decir la expedición de conquista y exploración al sur de la Nueva España) y los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca (una expedición por el norte). Tres textos y tres viajes que configuran no sólo un derrotero geográficamente equilibrado, sino también estilos y realidades textuales que en la confrontación pueden ofrecer aún lecturas posibles. Frente a ellos, un delicioso *corpus* medieval que pasa por el *Libro de las maravillas del mundo* (1298-1299), de Marco Polo; el *Libro del conocimiento* (anónimo, escrito ca. 1385), magníficamente editado y presentado por María Jesús Lacarra y Alberto

Reseña del libro

Conexiones trasatlánticas. Viajes medievales y crónicas de la conquista de América, de Jimena Rodríguez (México, El Colegio de México, 2010).

Montaner, en el que se finge un viaje a partir de un mapa apócrifo; la *Embajada al gran Tamorlán* (1406), de Ruy González de Clavijo; el otro *Libro de las maravillas del mundo* (1540), de Juan de Mandeville, así como las *Andanças e viajes de un hidalgo español* (1436-1439), de Pero Tafur. Tal vez no todos estos viajes son medievales en el sentido estricto de la palabra, pero sin duda todos lo son en cuanto a que pertenecen a la misma tradición e intención escritural, nacida todavía desde el asombro, el deleite y las herramientas cognoscitivas para incorporar la novedad propios de los viajes medievales, fingidos y verdaderos.

Poner en juego estos textos, con el propósito principal de entender los primeros más que los segundos, permite a Jimena Rodríguez proponer una lectura del viaje como función organizadora del relato y como motivo temático, en el sentido que proyecta la acción y propicia el desarrollo de la trama articulando una serie de motivos individuales, algunos de ellos maravillosos, por medio de los cuales se incorpora y codifica el asombro ante lo nuevo. A partir de estas herramientas interpretativas, la autora puede deducir tres características generales del relato de viajes medieval y americano: a) el itinerario es una función organizadora de la materia narrativa, b) la voz narrativa obliga a identificar al narrador con el viajero y c) voz narrativa e itinerario producen una materia narrativa consistente en descripciones del mundo recorrido, donde radican la fascinación y la explicación de la pertinencia histórica de estos textos.

Con base en esta estructura hermenéutica, Jimena Rodríguez propone, por ejemplo, una división del “itinerario” en cuatro secuencias: a) la partida, b) la travesía, c) el encuentro y d) el retorno; *divisio* que podría evocar las pautas de los relatos heroicos arquetípicos tanto como la de los cuentos tradicionales, circunstancias ambas que vincularían el relato de viaje justamente con una “mentalidad medieval”, con una estructura de la memoria y con un “método” occidental de incorporación de la novedad mediante el tránsito y la exploración.

Junto a esta condición cuasi-ficcional, debe reconocerse también en estos relatos de viajes un procedimiento textual que muestra en su base unos orígenes jurídicos y burocráticos, en tanto que dichos relatos son hijos de aquella prosa nacida de la necesidad regia de obtener informaciones de los viajes que la Corona financiaba, para lo cual se armaba un complicado mecanismo que controlaba tanto su producción como su recuperación, administrando el aval, la legitimidad y, con ello, la utilidad de estos textos como papel de cambio para obtener las prebendas, los beneficios y la fama que tales viajes traerían para el viajero. Así pues, las crónicas de viajes americanos deben verse como parte de un género textual mayor que incluye las probanzas de méritos, las relaciones, los

informes, etc., en el entendido de que estos relatos se estructuraban en principio bajo los modelos discursivos con que se daba cuenta al monarca de los actos que en nombre del cristianismo y el aumento del reino eran realizados por súbditos cualificados; por tanto, las relaciones de viaje fueron en principio un instrumento jurídico y como tal serían certificadas ante notarios.

En sentido inverso, la recuperación de las tradiciones textuales medievales del viaje y la exploración que para su análisis hace Jimena Rodríguez le permite estudiar algunas singularidades de la Crónica de Indias frente a aquella tradición, sobre todo la que significa la incorporación con mayor vigor de la utilidad persuasiva del relato intercalado; es decir, de aquellos pequeños ejemplos que contribuyen a conformar el cuerpo de la crónica mayor. Todo ello, por supuesto, viene muy a tono con la mayor importancia que la retórica había comenzado a cobrar para la historiografía desde que los humanistas del siglo XVI ampliaron el *trivium* clásico a sus “cinco artes humanísticas”, incorporando en el nuevo modelo pedagógico justamente la historia y la poética, y determinando para ambas disciplinas el cuerpo de reglas, preceptos y procedimientos propios de los discursos retóricos; de este modo, dichos relatos intercalados pudieron funcionar como pruebas inductivas de un discurso en principio historiográfico pero con evidentes propósitos persuasivos, apuntando a la consecución de honras, beneficios y prebendas que pudiesen resultar de la buena exposición de un viaje exitoso.

En suma, este atinado estudio de los procedimientos narrativos propios del relato de viajes medieval, que harían presencia y tendrían función en las crónicas de la conquista de América, pasa por la identificación de elementos narrativos compartidos y articulados alrededor del motivo temático del viaje que ordena la narración, el derrotero y la cronología. En este sentido, el planteamiento de Jimena Rodríguez permite iluminar, como se ha dicho, algunas singularidades de las historias de viajes americanas, como la que se refiere a la notable disminución de la maravilla, abundante en los relatos medievales pero que en las crónicas de la conquista disminuye sensiblemente ante una interpretación más racional de lo novedoso, más proclive al esclarecimiento aunque, claro, la descripción de la realidad observada por los conquistadores siga respondiendo en gran medida a un imaginario europeo medieval.

Por todo esto, resulta un verdadero y utilísimo placer este viaje hermenéutico que nos propone la autora y que nos permite comparar, por ejemplo, a partir de la tradición de la *descriptio civitatis*, compartida por los textos medievales y los americanos, las descripciones de Tenochtitlan con las de Constantinopla y aun con las de Roma; o bien que nos permite

deleitarnos con la comparación de las descripciones personales (físicas y psicológicas) de Moctezuma, Tamorlán o Kan Kublai, hechas todas para el consumo europeo. Es decir, un estudio de estas características nos permite identificar ciertos itinerarios, propósitos y aun mapas de ese viaje colectivo nacido sólo en sus últimas etapas en Europa y que sigue proponiéndonos un permanente *plus ultra*, dicho sea esto sin pretensiones ecuménicas.